

**ENTRAR EN LA CUARTA ETAPA DE LA EXPERIENCIA DE VIDA
PARA LLEGAR A UN HOMBRE DE PLENA MADUREZ
CON MIRAS AL CUMPLIMIENTO DEL PROPÓSITO DE DIOS**

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

La cuarta etapa de la experiencia de vida

(4)

La guerra espiritual

Lectura bíblica: Ef. 6:10-20

- I. Si queremos saber cómo la iglesia puede ser el guerrero de Dios que pelea en la guerra espiritual, debemos entender que en el universo existen tres voluntades: la voluntad divina, la voluntad satánica y la voluntad humana:**
- A. La voluntad de Dios para nosotros es que disfrutemos a Cristo como nuestro todo (He. 10:5-10) al ejercer nuestra función en la vida del Cuerpo (Ro. 12:1-2; Fil. 1:19) con miras a la realidad y unidad del Cuerpo de Cristo (Ef. 1:5, 9, 11; 4:3-4; Jn. 17:21).
 - B. El orgullo de Lucifer por su alto rango y belleza dio lugar a que surgiera una intención maligna, la cual llegó a ser la voluntad satánica—Ez. 28:12-19; Is. 14:12-15.
 - C. Toda batalla tiene su origen en este conflicto de voluntades; antes de que la voluntad satánica se levantara para contradecir la voluntad divina, no había guerra en el universo; la rebelión de Lucifer, el arcángel de Dios, fue el comienzo de toda la lucha que ahora se libra entre las naciones, en la sociedad, en la familia y en el interior de los individuos—cfr. Ap. 12:3-11; Gá. 5:17.
 - D. El árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal representan la voluntad divina y la voluntad satánica respectivamente; el asunto crucial es si el hombre escogería la voluntad divina o la voluntad satánica—Gn. 2:7-9.
 - E. Por medio del arrepentimiento, el hombre puede volverse de la voluntad satánica a la voluntad divina, es decir, del lado de Satanás al lado de Dios—Hch. 11:18.
 - F. La Biblia dice que debemos arrepentirnos por causa del reino (Mt. 4:17); el reino de Dios es, de hecho, el ejercicio de la voluntad divina; cuando los pecadores se arrepienten por causa del reino de Dios, ellos se vuelven del lado de Satanás al lado de Dios, el cual es el reino de Dios, la voluntad de Dios.
- II. Efesios 6:10-20 revela que nosotros podemos “[luchar] siempre en el Cuerpo” con Cristo, como componentes de la armadura de Dios—*Himnos*, #398:**
- A. “Por lo demás, fortaleceos en el Señor, y en el poder de Su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las estratagemas del diablo”—Ef. 6:10-11:
 - 1. El hecho de que necesitamos ser fortalecidos en el Señor indica que no

- podemos pelear la guerra espiritual en nosotros mismos; únicamente podemos pelear en el Señor y en el poder de Su fuerza.
2. Toda la armadura de Dios es dada al Cuerpo de Cristo como el guerrero corporativo, y no a ningún miembro del Cuerpo de forma individual; debemos pelear la guerra espiritual en el Cuerpo, no como individuos—vs. 10-13; Jac. 4:7; cfr. Fil. 1:19; Ro. 13:12-14; 16:20.
 3. En Efesios 2 estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales; en los capítulos 4 y 5 andamos en Su Cuerpo sobre la tierra; luego en el capítulo 6 estamos firmes en Su poder en los lugares celestiales.
 4. Sentarnos con Cristo es participar de todos Sus logros, andar en Su Cuerpo es cumplir el propósito eterno de Dios y estar firmes en Su poder es luchar contra el enemigo de Dios.
- B. “Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad”—v. 14a:
1. *La verdad* aquí se refiere a Dios en Cristo como la realidad en nuestro vivir, es decir, Dios que llega a ser real y es experimentado por nosotros en nuestro vivir; de hecho, esto es Cristo mismo expresado en nuestro vivir—4:15, 21, 24-25; Jn. 14:6.
 2. La verdad con la cual estamos ceñidos es, de hecho, el Cristo a quien experimentamos; debido a que el vivir de Pablo se había configurado al modelo de Cristo, él tenía la fortaleza para afrontar toda clase de oposición y circunstancias adversas—Ef. 4:20; Fil. 1:19-21a.
- C. “Vestidos con la coraza de justicia”—Ef. 6:14b; 1 Co. 1:30; Jer. 23:6:
1. Cristo como la coraza de justicia cubre nuestra conciencia, la cual está representada por el pecho; al pelear contra Satanás, nuestro acusador, necesitamos una conciencia que ha sido purificada con la sangre, una conciencia libre de ofensa—He. 9:14; 10:22; Hch. 24:16.
 2. “Ellos le han vencido por causa de la sangre del Cordero” (Ap. 12:11); nuestra respuesta a las acusaciones de Satanás debe ser: “Yo venzo a Satanás, el acusador, no mediante mi perfección ni siquiera con una conciencia libre de ofensa, sino por la sangre del Cordero. Yo me defiendo de sus acusaciones con la coraza de justicia”.
- D. “Calzados los pies con el firme cimiento del evangelio de la paz”—Ef. 6:15:
1. En la cruz Cristo hizo la paz por nosotros, tanto con Dios como con los hombres, y esta paz ha venido a ser nuestro evangelio; el evangelio de la paz ha sido establecido como un firme cimiento, como una presteza, con que podemos calzar nuestros pies—2:13-17.
 2. Peleamos la guerra espiritual al estar firmes en la paz; si perdemos la paz con Dios o con otros creyentes, perdemos nuestra base para pelear—Col. 3:15.
- E. “Sobre todo, habiendo tomado el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno”—Ef. 6:16; 2 Co. 4:13; He. 12:2; cfr. Fil. 2:13:
1. Los dardos de fuego son las tentaciones, propuestas, dudas, preguntas, mentiras y ataques de Satanás; debemos tomar el escudo de la fe para apagar estos dardos de fuego.
 2. Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe, con nuestra voluntad subyugada y resucitada, para creer que la manifestación del Señor tiene como fin

- destruir las obras del diablo—2 Co. 4:13; 1 Jn. 3:8; Mt. 16:22-23; Lc. 4:39; Mt. 12:28; Lc. 10:17, 19.
3. Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe para creer que la muerte del Señor destruyó a Satanás—He. 2:14; 1 Co. 15:54-58; Gá. 2:20; Ro. 6:3-6.
 4. Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe para creer que la resurrección del Señor avergonzó a Satanás—Col. 2:12-15, 20; 3:1; Jn. 14:30; Fil. 3:10; Is. 61:10; Zac. 3:4-5.
 5. Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe para creer que la ascensión del Señor está muy por encima del poder de Satanás—Ef. 1:19-23; 2:6; 6:11, 13.
 6. Debemos tener fe en Dios, quien es real, viviente, presente y disponible—Mr. 11:22; Ap. 1:18.
 7. Debemos tener fe en el corazón de Dios; el corazón de Dios siempre desea lo bueno para nosotros; Él no tiene la intención de castigarnos, herirnos ni hacernos sufrir pérdida—Ro. 8:28-39.
 8. Debemos tener fe en la fidelidad de Dios; Dios no miente, sino que siempre es fiel a Su palabra—1 Co. 1:9; 1 Jn. 1:9; Tit. 1:2.
 9. Debemos tener fe en la capacidad de Dios—Ef. 3:20.
 10. Debemos tener fe en la palabra de Dios; Dios está obligado a cumplir todo cuanto ha hablado—cfr. 1 Ts. 5:24; Ef. 6:17-18.
 11. Debemos tener fe en la voluntad de Dios—1:5, 9, 11.
 12. Debemos tener fe en la soberanía de Dios; bajo Su soberanía aun nuestros errores cooperan para bien—Ro. 9:19-29.
- F. “Recibid el yelmo de la salvación”—Ef. 6:17a:
1. El yelmo de la salvación sirve para proteger nuestra mente, nuestro intelecto, contra los pensamientos negativos disparados por el maligno; este yelmo, esta protección, es la salvación de Dios.
 2. Satanás inyecta amenazas, preocupaciones, ansiedades, temores y otros pensamientos debilitantes en nuestra mente; la salvación de Dios es la protección que tomamos contra todo esto, y esta salvación es el Cristo salvador a quien experimentamos en nuestra vida diaria—Jn. 16:33.
- G. “Recibid [...] la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios”—Ef. 6:17b:
1. De las seis partes de la armadura de Dios, la espada del Espíritu es la única que es usada para atacar al enemigo; con la espada cortamos al enemigo en pedazos.
 2. Cristo, quien es el Espíritu y la palabra, nos provee de una espada como arma ofensiva para derrotar y matar al enemigo.
 3. Cuando el *logos* (la palabra constante en la Biblia) viene a ser el *réma* (la palabra específica y viviente que nos da el Espíritu para el momento) para nosotros, este *réma* es la espada que corta al enemigo en pedazos.
- H. “Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos”—v. 18:
1. La oración se puede considerar como la séptima parte de la armadura de Dios, porque ella es el medio por el cual aplicamos las otras partes.
 2. La oración es la única manera de aplicar a Cristo como la armadura de Dios; esta oración es la que hace que la armadura esté a nuestra disposición de forma práctica.

3. Debemos perseverar en la oración porque la oración implica una batalla, una lucha; dos partes, Dios y Satanás, son hostiles entre sí; la tercera parte en este conflicto es el pueblo escogido y redimido de Dios—Col. 4:2; Ef. 6:18; Mt. 26:41; cfr. Ef. 5:14; Ro. 13:11-14.
4. Si hemos de luchar del lado de Dios en contra de Satanás, es necesario que perseveremos en la oración; perseverar de este modo es necesario debido a que el mundo entero que nos rodea se encuentra alejado de Dios—1 Jn. 5:19; cfr. Jn. 14:30; 16:33.
5. Antes de intentar perseverar en oración, debemos primero hacer un voto al Señor en cuanto a nuestra vida de oración; debemos decirle: “Señor, me siento urgido en cuanto a este asunto. Me consagro a Ti para llevar una vida de oración. Señor, guárdame en un espíritu de oración. Si me olvido de este asunto o lo descuido, yo sé que Tú no lo olvidarás. Acuérdate constantemente de que necesito orar”.
6. Perseverar en la oración presenta muchos beneficios:
 - a. Orar es la única manera en que podemos fijar nuestra mente en las cosas de arriba—Col. 3:2; He. 7:25; 8:2; cfr. Hch. 6:4.
 - b. La oración es la manera en que entramos en el Lugar Santísimo y nos acercamos al trono de la gracia, a fin de que podamos recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (He. 4:16); cuando oremos, acercándonos al trono de la gracia, la gracia se convertirá en un río que fluye en nosotros y nos abastece—*Himnos*, #328.
 - c. Cuanto más oramos, más experimentamos que somos uno con el Señor y más disfrutamos de Su presencia y más comunión tenemos con Él; ¡qué maravillosa recompensa!

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA GUERRA PARA DERROTAR AL ENEMIGO ESPIRITUAL

La responsabilidad de la iglesia

En 1928 el hermano Nee celebró su primera conferencia para vencedores, cuyo tema fue la guerra espiritual. En esa conferencia, Satanás, el maligno, quedó completamente al descubierto. El hermano Nee dijo que en el universo existen tres voluntades: la voluntad divina, la voluntad satánica y la voluntad humana. Si queremos saber cómo la iglesia puede ser el guerrero de Dios que pelea la guerra espiritual, debemos conocer estas tres voluntades, estas tres intenciones. La voluntad de Dios, por existir por sí misma, es eterna, increada. Los ángeles, como seres creados, también tienen una voluntad. Uno de ellos, un arcángel, fue designado por Dios para gobernar el universo que existía antes de la creación de Adán. Debido a su alto rango y a su belleza, este arcángel se enorgulleció, y ese orgullo dio lugar a que surgiera una intención maligna, la cual llegó a ser la voluntad satánica. Por lo tanto, además de la voluntad de Dios, hay una segunda intención, una segunda voluntad, pues ahora la voluntad satánica se opone a la voluntad divina.

Toda batalla tiene su origen en este conflicto de voluntades. Antes de que la voluntad satánica se levantara para contradecir de la voluntad divina, no había guerra en el universo. La controversia en el universo comenzó cuando el arcángel se rebeló en contra de Dios. Esa rebelión marcó el comienzo de toda lucha que ahora se libra entre las naciones, en la sociedad,

en la familia y en individuos. En el transcurso de la historia siempre han habido guerras entre naciones, grupos, personas e incluso dentro del individuo mismo. Por ejemplo, posiblemente usted experimenta una batalla interna entre la razón y la concupiscencia. Todas las diferentes clases de guerra tienen su origen en la controversia entre la voluntad divina y la voluntad satánica.

No sabemos cuánto tiempo haya transcurrido desde la rebelión de Satanás hasta la creación de Adán. Lo que sí sabemos es que en cierto momento, Dios creó al hombre y lo dotó de libre albedrío. El hecho de que Dios le diera libre albedrío muestra cuán grandioso es Dios. Una persona honorable jamás obligaría a nadie a seguirle. Al darle al hombre libre albedrío, Dios daba a entender que no le obligaría a obedecerle. Cuando yo era joven, pensaba que Dios no había sido sabio al crear al hombre con libre albedrío. Si yo hubiera sido Dios, no le habría permitido escoger; le habría creado de tal manera que no tuviera más opción que seguir a Dios. Sin embargo, Dios, en Su grandiosidad, le dio al hombre libertad de elegir.

En Génesis 2 vemos que el hombre era libre de ejercer su voluntad y comer, ya sea del árbol de la vida, o del árbol del conocimiento del bien y del mal. Estos dos árboles representan la voluntad divina y la voluntad satánica respectivamente. Por consiguiente, en el huerto había una situación triangular; ahí estaba el árbol de la vida, que representaba la voluntad divina, el árbol del conocimiento del bien y del mal, que representaba la voluntad satánica, y Adán, que representaba la voluntad humana. De hecho, el árbol de la vida representa a Dios mismo, y el árbol del conocimiento representa a Satanás. Por consiguiente, estaban presentes tres personas: Dios, Satanás y el hombre; y cada una de ellas poseía una voluntad propia.

Aunque había tres voluntades, la controversia sólo involucraba a dos personas: Dios y Satanás. Lo crucial era si el hombre escogería la voluntad divina o la voluntad satánica. Si la voluntad humana elegía la voluntad divina, ésta se llevaría a cabo; pero si elegía la voluntad satánica, ésta se cumpliría; al menos temporalmente. Como todos sabemos, la voluntad humana se puso del lado de la voluntad satánica, o sea, que el hombre escogió seguir a Satanás y aliarse a su voluntad. Por consiguiente, Satanás obtuvo temporalmente la victoria.

Sin embargo, por medio del arrepentimiento, el hombre puede volverse de la voluntad satánica a la voluntad divina, del lado de Satanás al lado de Dios. El primer mandamiento que se da en los Evangelios es arrepentirse, y los siguientes dos son creer y ser bautizado. Cualquier pecador que desee ser salvo tiene que obedecer estos tres mandamientos. Debe arrepentirse ante Dios, creer en el Señor Jesús y ser bautizado en agua. Arrepentirse es dar un giro de la voluntad satánica a la voluntad divina. Desde que nacimos, nuestra voluntad ha estado del lado de la voluntad satánica, lo cual se debe a que nosotros estábamos en Adán cuando éste escogió la voluntad de Satanás en lugar de elegir la de Dios.

Muchos cristianos no conocen el verdadero significado de la predicación del evangelio. La Biblia dice que debemos arrepentirnos por causa del reino (Mt. 4:17). El reino de Dios es, de hecho, el ejercicio de la voluntad divina. Cuando los pecadores se arrepienten por causa del reino de Dios, ellos se vuelven del lado de Satanás al lado de Dios, el cual es el reino de Dios, la voluntad de Dios. Una vez que la persona se vuelve de la voluntad satánica a la voluntad divina, debe creer en el Señor Jesús y ser bautizada. Por medio del bautismo, ella es librada de la autoridad de las tinieblas, de la voluntad satánica, y trasladada al reino del Hijo del amor de Dios (Col. 1:13).

Desde el día en que fuimos salvos, nuestra vida cristiana ha sido una batalla. Esto mismo les ocurrió a los israelitas después de su éxodo de Egipto. Habiendo comido la Pascua, salieron de la tierra de Egipto como un ejército. Esto indica que comer el cordero pascual fue su

preparación para la guerra; fueron salvos en medio de un ámbito de guerra. Tan pronto salieron de Egipto, comenzó la lucha. Faraón y sus carros persiguieron a los hijos de Israel, pero Dios intervino y luchó por ellos. Después de atravesar al mar Rojo y de ver la derrota del ejército de faraón, el pueblo triunfalmente alabó a Dios por Su victoria sobre el enemigo. Los israelitas tuvieron que pelear para poder cruzar el desierto, y esta lucha continuó en la buena tierra. Su historia revela que la vida de una persona salva es una batalla continua.

Ya vimos que como nuevo hombre, la iglesia debe andar conforme a la verdad y mediante la gracia; y que como novia, debe vivir en amor y en luz. Sin embargo, no es suficiente que se cumpla el propósito eterno de Dios y que Cristo satisfaga el deseo de Su corazón; también es necesario que el enemigo sea derrotado. Para esto, la iglesia tiene que ser un guerrero. Incluso en El Cantar de los Cantares se ve que al mismo tiempo que la que busca al Señor disfruta Su presencia, se desarrolla una lucha. Por consiguiente, andamos conforme a la verdad y por la gracia, vivimos en amor y en luz, y peleamos para subyugar la voluntad satánica. Nuestro andar cumple el propósito eterno de Dios, nuestro vivir satisface a Cristo y nuestra lucha derrota al enemigo de Dios. Por lo tanto, para estos tres objetivos, la iglesia debe ser el nuevo hombre, la novia y el guerrero.

Fortalecidos

Efesios 6:10 dice: “Por lo demás, fortaleceos en el Señor, y en el poder de Su fuerza”. La palabra griega traducida “fortaleceos” tiene la misma raíz que la palabra *poder* hallada en 1:19. Para luchar contra el enemigo de Dios, para pelear contra las fuerzas malignas de las tinieblas, necesitamos ser fortalecidos con la grandeza del poder que levantó a Cristo de entre los muertos y lo sentó en los cielos, muy por encima de todos los espíritus malignos. El hecho de que debemos ser fortalecidos en el Señor indica que en la batalla espiritual contra Satanás y su reino maligno sólo podemos pelear en el Señor, no en nosotros mismos. Cada vez que actuamos por nosotros mismos, somos derrotados.

La exhortación a ser fortalecidos implica que debemos ejercitar nuestra voluntad. Si deseamos ser fortalecidos para la batalla espiritual, nuestra voluntad tiene que ser fuerte y ejercitada. No debemos ser como medusas, es decir, no debemos ser pusilánimes ni vacilantes. De hecho, los de voluntad firme se arrepienten con más facilidad. Consideremos a Saulo de Tarso como ejemplo. Mientras se dirigía a Damasco con la intención de arrestar a todos los que invocaban el nombre del Señor Jesús, el Señor lo capturó a él. Por tener Pablo una voluntad tan firme, su arrepentimiento también fue sólido.

Dios, además de preservar nuestra conciencia, soberanamente ha preservado también nuestra voluntad. Si no lo hubiera hecho, la predicación del evangelio no tendría efecto en la gente. Es posible que equivocadamente pensemos que es difícil predicarle el evangelio a una persona de voluntad fuerte. Pero según mi experiencia, los que fueron salvos por mi predicación del evangelio fueron en su mayoría personas de voluntad fuerte, de decisión firme. Tener una voluntad así puede ser favorable en el arrepentimiento. El arrepentimiento requieren el ejercicio de la voluntad. Asimismo, el ser fortalecido también involucra nuestra voluntad.

El día de Pentecostés, Pedro exhortó a los oyentes a ser salvos de aquella perversa generación (Hch. 2:40). Ese mandamiento es pasivo y a la vez activo, pues la palabra *sed* implica algo activo, y la palabra *salvos*, algo pasivo. Lo mismo ocurre con el mandamiento que Pablo da en 6:10 en cuanto a ser fortalecidos. En la palabra *fortaleceos* se combina implícitamente el elemento activo, *sed*, y el elemento pasivo, *fortalecidos*. Debemos ejercitar nuestra voluntad para ser fortalecidos en el Señor.

En el capítulo 4 vemos que debemos ser renovados (v. 23) y en el capítulo 5, que debemos ser sumisos (v. 21). Para ser el nuevo hombre, debemos ser renovados; para ser la novia, necesitamos ser sumisos; y para ser el guerrero, necesitamos ser fortalecidos. Como guerrero, tenemos que salir a la batalla no como un caballero ni tampoco como una encantadora novia, sino como un león. Así que, por causa del nuevo hombre, de la novia y del guerrero, seamos renovados, sumisos y fortalecidos.

El hecho de que necesitamos ser fortalecidos en el Señor indica que no podemos pelear la batalla espiritual por nosotros mismos; sólo podemos luchar en el Señor y en el poder de Su fuerza. En 6:10 Pablo habla de la fortaleza, del poder y de la fuerza. Primero somos fortalecidos por el poder que levantó a Cristo de entre los muertos y que lo dio por Cabeza sobre todas las cosas; luego conocemos el poder y la fuerza de Dios.

Vestirse de toda la armadura de Dios

El versículo 11 comienza con las palabras: “Vestíos de toda la armadura de Dios”. Para pelear la batalla espiritual, no sólo necesitamos el poder del Señor, sino también la armadura de Dios. Nuestras armas de nada nos aprovechan, pero la armadura de Dios sí.

Toda la armadura de Dios es dada al Cuerpo de Cristo, y no a los miembros de forma individual. La iglesia es un guerrero corporativo, y los creyentes constituyen dicho guerrero. Sólo el guerrero corporativo, no los creyentes individualmente, puede vestirse de toda la armadura de Dios. Debemos pelear la batalla espiritual en el Cuerpo, no como individuos.

El encargo de vestirnos de toda la armadura de Dios es imperativo, es un mandato. Dios nos ha provisto la armadura, pero Él no se la pone por nosotros; más bien, somos nosotros los que debemos vestirnos de la armadura de Dios que Él ha provisto. Para ello, debemos ser fortalecidos. Aunque es Dios quien nos fortalece, nosotros debemos ejercer nuestra voluntad para cooperar con Él. Según el mismo principio, debemos cooperar con el mandato de Dios y vestirnos de toda la armadura. (*Estudio-vida de Efesios*, págs. 533-538)